

IMPERIALISMO, FE Y ESPECTÁCULO: LA PARTICIPACIÓN DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS EN LAS EXPOSICIONES COLONIALES Y UNIVERSALES DEL SIGLO XIX¹

LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: *Las exposiciones universales y las coloniales son el máximo exponente del desarrollo económico y de la expansión ultramarina de las principales potencias europeas durante la segunda mitad del siglo XIX. El objetivo del artículo es analizar de qué modo asumen las Iglesias cristianas, la católica y las protestantes, la organización de estos eventos y revisar sus cauces de participación, tomando como referencia certámenes organizados en Inglaterra, Francia, Holanda, España, Bélgica, Alemania e Italia. Comprobaremos las iniciales dificultades que se documentan, las diferencias existentes en las formas de interpretar el fenómeno expositivo entre las distintas confesiones y, finalmente, revisaremos las principales exposiciones decimonónicas (tanto universales como coloniales) que cuentan con participación eclesiástica, una participación que se sustancia de modo esencial a través de la presentación de la empresa misional y que permite conciliar, aunque sea de forma parcial, los intereses de los Estados organizadores y de las Iglesias representadas.*

PALABRAS CLAVE: Exposición colonial. Exposición universal. Imperialismo. Misiones cristianas. Iglesia católica. Iglesias protestantes

IMPERIALISM, FAITH, AND SHOW: THE PARTICIPATION OF THE CHRISTIAN CHURCHES AT THE COLONIAL AND INTERNATIONAL EXHIBITIONS OF THE 19TH CENTURY

ABSTRACT: *Both International and Colonial Exhibitions were the most representative examples of the economic development and the overseas expansion of the most powerful*

Luis Ángel Sánchez Gómez es miembro del departamento de Prehistoria y Etnología de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense. Dirección para correspondencia: Avda. Prof. Aranguren, s/n, 28040 Madrid. Correo electrónico: langel@gbis.ucm.es.

¹ Estudio enmarcado en el proyecto de investigación «Rituales de dominación y fe: las exposiciones misionales en la era del imperialismo moderno (1851-1958)», dirigido por el autor y financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (ref. HAR2009-08982).

European States during the second half of the 19th century. The objective of this article is to analyze the way Christian Churches, both Catholic and Protestant, approached the organization of these events and to reexamine their channels of participation using the exhibitions that were organized in England, France, the Netherlands, Spain, Belgium, Germany and Italy as reference. We will take a look at the initial difficulties that were documented, the different ways of interpreting the expositive phenomenon among the Churches and, finally, we will examine the most important international and colonial exhibitions which had an ecclesiastic presence. We found that this participation basically involved a display of the missionary work they carried out as a way to conciliate (partially at least) the interest of both the organizing States and the Churches.

KEY WORDS: Colonial Exhibition. International Exhibition. Imperialism. Christian Missions. Catholic Church. Protestant Churches.

A finales del siglo XIX, las grandes potencias europeas son dueñas de medio mundo. Unos procesos de industrialización que parecen no tener límites y una expansión colonial desaforada, desarrollada especialmente durante el último tercio de la centuria, articulan la esencia de la nueva era imperial. Pues bien, si entre todos los elementos que se entrelazan en esa vorágine capitalista tuviéramos que destacar uno sólo por su relevancia simbólica y práctica, el elegido sería sin duda el fenómeno de la exposición, en su doble materialización como exposición universal y exposición colonial². Ambos tipos de evento definen de forma ajustada tanto el progreso industrial como la expansión fáctica de Europa durante las últimas décadas del XIX y las primeras del XX.

Durante esos mismos años, las Iglesias cristianas atraviesan una situación compleja, directamente condicionada por los drásticos cambios que se operan en el mundo laico. En los respectivos entornos domésticos, y especialmente a partir de la década de 1860, las transformaciones sociales, los avances tecnológicos y el desarrollo de nuevas disciplinas científicas amenazan las estructuras de dominación establecidas por las Iglesias sobre la sociedad laica, de manera más evidente en el ámbito católico. De forma paralela, y aparentemente contradictoria, durante esa misma segunda mitad del siglo se produce una extraordinaria intensificación de la religiosidad popular, un fortalecimiento de las Iglesias nacionales³ y, lo que ahora más nos interesa, un impetuoso avance de la expansión misional ultramarina, tanto protestante como católica, asociada pero no completamente dependiente de los procesos de expansión colonial.

Asumiendo el interés y la complejidad que caracterizan a este contexto histórico, el objetivo que nos hemos propuesto es revisar por qué y cómo se hace

² Sobre las principales exposiciones coloniales, internacionales y universales, véase FINDLING, John E. y PELLE., Kimberly D. (eds.), *Encyclopedia of World's Fairs and Expositions*, Jefferson y Londres, McFarland & Company, Inc., Publishers, 2008.

³ BAYLY, C.A., *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914. Conexiones y comparaciones globales*, Madrid, Siglo XXI, 2010 [2004], págs. 378-460.

posible la participación de las Iglesias cristianas en algunas de las más destacadas exposiciones coloniales y universales del siglo XIX; al unísono, analizaremos por qué en otros eventos dicha presencia no resulta factible. En principio, quizás pueda parecer un objeto de estudio excesivamente acotado y especializado. Sin embargo, por poco que se reflexione sobre el tema se comprobará que se trata de un empeño ambicioso, teniendo en cuenta la dispersión de las fuentes y, sobre todo, las especiales circunstancias que caracterizan las relaciones establecidas entre los dos factores del binomio propuesto. Sin duda, esto es lo que debe de haber pensado la mayoría de los historiadores que podrían haberse interesado por el tema, dada la escasísima bibliografía disponible. Es cierto que se ha escrito mucho sobre los vínculos existentes entre la práctica misional y el colonialismo, pero el interés no se ha trasvasado hacia el estudio de la presencia de las misiones en las exposiciones universales y coloniales. Asumiendo la existencia de tales limitaciones, hemos de reconocer que buena parte de lo que anotemos tendrá un carácter tentativo y provisional, aunque seguro que no exento de interés.

PRESENCIA Y AUSENCIA DE LAS MISIONES CRISTIANAS EN LAS GRANDES EXPOSICIONES UNIVERSALES DEL SIGLO XIX

Aunque el análisis que vamos a desarrollar en este apartado puede calificarse sin duda de tentativo, es indispensable que reflexionemos sobre el modelo de relación existente entre las Iglesias cristianas y las grandes exposiciones universales decimonónicas, tanto en los momentos previos a la aparición en su seno de las secciones coloniales como cuando éstas entran en acción. La pregunta que nos debemos plantear es directa y sencilla: ¿participan las Iglesias cristianas en esos magnos certámenes industriales, lúdicos y comerciales de carácter internacional o universal de la segunda mitad del siglo XIX? Si nos limitáramos a consultar la historiografía disponible sobre las exposiciones —tanto las obras de síntesis como los estudios particulares— deberíamos responder con un no rotundo. Nada o apenas nada se dice en estos trabajos sobre la presencia de las Iglesias o de las sociedades misionales en los grandes certámenes genéricos del siglo XIX; sólo se hacen puntuales referencias en relación con algunas exposiciones del periodo de entreguerras, ya en el siglo XX. Sin embargo, tras haber revisado los catálogos y otras fuentes bibliográficas primarias de las grandes exposiciones universales, hemos comprobado que esa participación existe, aunque es cierto que resulta marcadamente irregular y discontinua.

El inicial y prolongado desencuentro que se documenta entre el mundo de las grandes exposiciones y las Iglesias cristianas afecta especialmente al ámbito católico⁴. No es sólo que los organizadores laicos no valoren el papel que puede

⁴ Aclaremos que, si bien la Iglesia católica no se proyecta como institución en las primeras grandes exposiciones universales, sí que se documenta la participación de los Estados Pontificios en

jugar el universo eclesiástico en los certámenes, sino que la propia Iglesia católica ve con tremendo recelo su celebración, pues considera que esos espectáculos se muestran ante el visitante, ante el creyente, como auténticos paraísos terrenales, lo que supuestamente socavaría los propios cimientos de la fe⁵.

La actitud de las Iglesias evangélicas ante el fenómeno de la exposición universal es muy diferente. La diversidad de Iglesias y sociedades, su estructura descentralizada y la modernidad de sus proyectos evangelizadores hacen posible que sus dirigentes asuman de forma inmediata la enorme importancia que tienen las grandes exposiciones como escenarios y vehículos de propaganda, al margen incluso de un contexto colonial. Por ello, en cuanto se les ofrece la oportunidad, las Iglesias y las sociedades misioneras protestantes la aprovechan y participan, aunque en algunos casos las circunstancias de esa participación no son precisamente fáciles de articular. Lo intentan ya en el evento inaugural del «universo exposicionario», en la *Great Exhibition of the Works of Industry of All Nations* que se celebra en el impresionante Crystal Palace londinense en 1851. Aunque no consiguen que se ponga en marcha una sección especial, sí se hacen notar repartiendo abundante literatura religiosa⁶. Además, el arzobispo de Canterbury participa de forma destacada en el acto inaugural, y lo hace leyendo un discurso que concilia la fe con el enorme progreso material que se exhibe en el certamen, asegurando que es precisamente la «inspiración divina» lo que lo ha hecho posible, frase que difícilmente habría pronunciado un personaje de la jerarquía católica en un contexto similar.

La reticencia de los organizadores a aceptar la participación de las Iglesias en las exposiciones universales se mantiene en eventos posteriores⁷. De hecho, la situación parece empeorar: ni en la primera exposición universal parisina, en

las cuatro primeras: en los certámenes de Londres (1851 y 1862) y París (1855 y 1867). Tras la anexión de la ciudad de Roma y del Lacio al Estado italiano en octubre de 1870, los Estados Pontificios desaparecen de forma definitiva y con ello su participación en las exposiciones universales, que sólo se recupera —en nombre ya del Estado de la Ciudad del Vaticano— en 1937. Pero la presencia de los Estados Papales en esos primeros certámenes no debe llevarnos a equívocos: en ninguno se hace proselitismo de la fe católica; tampoco se presentan las obras sociales, educativas o asistenciales de la Iglesia, ni se informa sobre la ingente actividad misional. Los Estados Pontificios participan simple y llanamente como un Estado europeo más, un Estado que no es ciertamente ninguna potencia económica pero que sí puede presumir de una larga trayectoria histórica.

⁵ Éste es precisamente el argumento seguido por Yengoyan para justificar la ausencia (que no es tal) de las Iglesias cristianas en las grandes exposiciones universales. Véase YENGOYAN, Aram A., «Culture, Ideology and World's Fairs: Colonizer and Colonized in Comparative Perspectives», en: RYDELL, R.W. y GWINN, N. (eds.), *Fair Representations: World's Fairs and the Modern World*, Amsterdam, VU University Press, 1994, págs. 62-83.

⁶ BURRIS, John P., *Exhibiting Religion: Colonialism and Spectacle at International Expositions 1851-1893*, Charlottesville y Londres, University Press of Virginia, 2001, págs. 49-59.

⁷ La información que se ofrece sobre todos estos certámenes procede de catálogos y guías oficiales, cuyas referencias bibliográficas (salvo alguna excepción) hemos optado por no incluir en el texto para no alargarlo en exceso.

1855, ni en la segunda londinense, en 1862, se documenta la presencia explícita de las Iglesias cristianas. La única huella eclesiástica que entonces se observa es la participación de unas pocas instituciones religiosas educativas —católicas, protestantes y judías— en los grupos o secciones dedicados a la enseñanza, exhibiéndose simplemente libros, material docente y trabajos realizados por los alumnos. Sin embargo, ni se articulan espacios propios para las instituciones religiosas ni se levanta pabellón misional alguno. Con ligeras variaciones, la situación se repite en los grandes certámenes posteriores: Viena (1873), Filadelfia (1876) y París (1878). Tampoco participan las misiones en la penúltima exposición francesa del XIX, la de 1889. En esta última ocasión, las causas del rechazo son mucho más evidentes y hasta «razonables» que en momentos anteriores, y ello a pesar de la gran sección colonial que entonces se despliega. Y es que, aunque su celebración se ajusta a los conocidos once años del ciclo expositivo francés⁸, la fecha elegida no es el resultado de un mero accidente temporal, pues la justificación oficial para la organización del evento de la Torre Eiffel es nada menos que la conmemoración del primer centenario de la Revolución Francesa. ¿Es posible imaginar un acontecimiento en el que tenga peor anclaje la exhibición de la fe cristiana? Quizás sí, pero desde luego ni la feria de 1889 puede abrir sus brazos a las Iglesias ni éstas habrían estado dispuestas a participar de una exaltación tan manifiesta y espectacular del laicismo y la República.

En realidad, durante el siglo XIX sólo dos exposiciones universales francesas cuentan con participación eclesiástica o misional: la de 1867, todavía durante el Segundo Imperio, y la última de la centuria, la de 1900, que estudiamos con detalle más adelante⁹. En la primera se documenta una muy importante presencia colectiva de diferentes sociedades misionales protestantes de Europa y Estados Unidos¹⁰. Según parece, la Iglesia católica también habría tenido oportunidad de participar en tan magno evento, pero no se habría atrevido a competir ante el público y los medios de comunicación con las muy eficaces y emprendedoras sociedades evangélicas¹¹. Además de distribuir miles de folletos de propaganda y de orga-

⁸ En realidad, el intervalo inicial es de doce años, de 1855 a 1867; luego ya son once: 1878, 1889 y 1900.

⁹ En Chicago, en 1893, durante la famosa *World's Columbian Exposition*, se organiza un evento singular que introduce a «las religiones» en el ámbito expositivo. Nos referimos al denominado «Parlamento Mundial de las Religiones», en el que participan dos centenares de representantes de las principales confesiones religiosas, incluidas algunas religiones «étnicas». Teniendo en cuenta que el propósito del evento es el estudio científico de las religiones y el diseño de un modelo de relaciones interreligiosas más o menos armónico, no la proyección propagandística de Iglesias o misiones, hemos decidido dejarlo fuera de nuestro análisis.

¹⁰ POITEVIN, Auguste, «Les Missions évangéliques à l'Exposition», en: DUCUING, F. *L'Exposition Universelle de 1867 illustrée. Publication internationale autorisée par la Commission Impériale*, París, Imp. Ch. Lahure, 1867, págs. 154-158.

¹¹ Ésta es la opinión que manifiesta un anónimo articulista en «The Paris Exposition», *The New York Times*, miércoles, 16 de mayo de 1867. Hemos accedido al texto a través del archivo digital del periódico: <http://www.nytimes.com/ref/membercenter/nytarchive.html> (consultado el 3 de abril de 2008).

nizar numerosas reuniones, el punto fuerte de la exhibición protestante es un «museo de las misiones» de contenido eminentemente etnográfico, recurso que a partir de entonces se convierte en elemento esencial de todas las exposiciones protestantes y, más tarde, también de las católicas. Las razones de su éxito son evidentes: primero, porque el público visitante queda fascinado ante la visión de tan exóticos objetos, muchos de ellos pertenecientes a «sanguinarios» cultos orientales o utilizados incluso por «salvajes antropófagos»; segundo, porque con su despliegue las misiones enfatizan la presunta degradación del modo de vida y de la propia espiritualidad de los nativos durante las etapas previas a la evangelización.

La muy importante presencia misional en 1867 no tiene continuidad en las exposiciones universales posteriores, ni dentro ni fuera de Francia. Sólo se recupera una participación de tal intensidad en las secciones coloniales de ciertos eventos y en las exposiciones coloniales especializadas del primer tercio del siglo XX. Son dos las razones que lo explican. La primera tiene que ver con una circunstancia exclusivamente francesa: la caída de la monarquía y la instauración de la Tercera República hacen que las nuevas exposiciones universales tengan un cierto carácter laicista, que resulta especialmente evidente, como hemos anotado, en la de 1889. La segunda es aún más estrictamente ideológica y debemos buscarla en el muy singular diseño del evento de 1867, mejor aún, en el proyecto filosófico y espiritual que lo inspira. En efecto, la de aquel año es la exposición más compleja que se haya celebrado nunca desde una perspectiva filosófica. Su comisario general, Frédéric le Play, se encarga de diseñar un modelo expositivo caracterizado, según Greenhalgh, por un marcado idealismo y paternalismo saint-simonianos, en el que la ingente empresa educativa y evangelizadora de las Iglesias protestantes encaja a la perfección, sin ningún tipo de duda o fisura¹². El problema para el proselitismo cristianizador es que ese modelo ideológico no se vuelve a repetir en exposición alguna. En cualquier caso, la presencia evangélica en el certamen de 1867 parece haber cosechado un notable éxito. Fue un magnífico escenario para el despliegue de su actividad propagandística y, más aún, un extraordinario campo de pruebas para la implementación de sus futuras y mejoradas muestras misionales, que habrán de organizarse muy mayoritariamente en contextos autónomos, al margen ya de las exposiciones internacionales y coloniales que organizan y controlan las administraciones laicas.

MISIONES CRISTIANAS Y EXPOSICIONES COLONIALES: INICIOS DE UNA RELACIÓN COMPLEJA

Aunque la variedad final de formatos es muy notable, es conveniente anotar que las denominadas «exposiciones coloniales» se pueden presentar en cali-

¹² GREENHALGH, Paul, *Ephemeral vistas. The expositions universelles, great exhibitions and world's fairs, 1851-1939*, Manchester, Manchester University Press, 1988, pág. 35.

dad de certámenes autónomos singularizados o como secciones especializadas en exposiciones genéricas de proyección nacional, internacional o universal. En cualquier caso, y al margen de algún antecedente más o menos relevante, lo importante es que este tipo de evento adquiere carta de naturaleza en un momento histórico muy concreto, en el renovado contexto político y geoestratégico que se materializa desde comienzos de la década de 1880 y que se vincula con el incremento exponencial del imperialismo europeo.

Los coloniales son certámenes de carácter oficial u oficioso (alguno es de iniciativa privada, pero cuenta con un refrendo oficial más o menos explícito), de contenido eminentemente económico y comercial y una destacada orientación etnológica, que deben ser claramente diferenciados de las exhibiciones presuntamente etnográficas o antropológicas —en realidad, puramente comerciales— de seres humanos «salvajes» que se documentan de forma recurrente en buena parte de Europa y en los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Creemos que la aclaración es necesaria por dos razones: primero, para delimitar con cierta precisión el objeto de estudio; y, segundo, para dejar establecido ya que ninguna vinculación parecen haber tenido las Iglesias cristianas con esos denigrantes espectáculos privados de carácter comercial.

Ya hemos comprobado que la gran exposición universal decimonónica no se muestra propicia a la participación eclesiástica o misional, cuente o no con sección colonial; inicialmente, tampoco resulta fácil su presencia en las exposiciones coloniales singularizadas. De hecho, en la primera gran exposición colonial celebrada en Europa (que además es internacional), la de Amsterdam de 1883, los organizadores reducen la presencia de las Iglesias cristianas a un solo punto del apartado de «Educación y enseñanza», limitándose el reglamento a señalar que se habrían de recoger allí las «noticias sobre los trabajos de los misioneros y [los] resultados obtenidos»¹³. Y, en efecto, en esta limitada sección se acaban exhibiendo únicamente algunas obras publicadas por religiosos, traducciones de textos sagrados, fotografías y unos pocos modelos de misiones e iglesias.

Aún menor parece haber sido la vinculación del ámbito eclesiástico en general, y no sólo del misional, con la primera gran exposición colonial británica: la *Colonial and Indian Exhibition* organizada en Londres en 1886. En el catálogo general no se documenta despliegue alguno de propaganda religiosa¹⁴. Sí es cierto que algunas sociedades misionales participan en calidad de simples expositores, remitiendo objetos diversos, sobre todo de carácter etnográfico; además, unos pocos centros escolares religiosos de las colonias presentan, en las correspondientes secciones de «educación e instrucción», los típicos materiales docentes y trabajos académicos de los alumnos, participación similar a la de las instituciones educativas laicas.

¹³ *Exposición Colonial de Amsterdam en 1883*, Madrid, establ. tipog. de El Correo, 1882.

¹⁴ *Colonial and Indian Exhibition. Official Catalogue*, Londres, William Clowes & Sons, 1886.

Un ejemplo diferente a los citados lo encontramos en la Exposición de Filipinas celebrada en Madrid en 1887. Aunque tampoco dispone de sección misional, la presencia de la Iglesia permea todo el evento: los religiosos están presentes de forma destacada en las comisiones organizadoras, participan en elevado número como expositores privados e institucionales, intervienen prelados en los actos de inauguración y clausura, el certamen recibe la visita de destacados religiosos, se celebran misas para los filipinos (los nativos «exhibidos») y los visitantes e incluso se construye en el parque una aldea «salvaje» y un pueblo cristiano con sus respectivas iglesias y casas parroquiales. Pero, si la presencia de la Iglesia católica es tan importante en Filipinas, ¿por qué no se articula su participación en el certamen de una forma más explícita y reconocible? Pues, sencillamente, porque tanto el modelo de colaboración entre las misiones y la administración colonial como el de representación propagandística del propio hecho misional responden a una lógica de tiempos pasados, a una forma aún arcaica de asociar las misiones con la empresa colonial. La vinculación entre Iglesia católica y Estado español es tan fuerte que no es posible concebir planos de representación diferenciados. Será décadas después, en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, cuando las misiones españolas (concretamente las asentadas en Río Muni y Fernando Poo) articulen por primera y última vez un modelo de exhibición explícito en una exposición colonial¹⁵.

Aunque con muy diferente intensidad, el mundo eclesiástico se asoma a los tres eventos citados como un elemento más del entramado colonial, si bien en los dos primeros su relevancia es ciertamente mínima. Habrá que esperar hasta la década de 1890 para que finalmente las exposiciones coloniales (y las secciones coloniales de las universales) acojan al mundo de la religión de forma claramente reconocible. En realidad, las Iglesias cristianas siguen sin participar en estos certámenes en su condición genérica de congregaciones de fieles: lo hacen exclusivamente como instrumentos avanzados de la empresa colonial a través de la obra misional. Por tanto, el objetivo que se pretende alcanzar con esa participación no es el fortalecimiento de la posición que ocupan las Iglesias en los países organizadores de las exposiciones; tampoco la consecución de nuevas conversiones entre los visitantes. El fin es mucho más concreto y especializado: publicitar, impulsar y consolidar la obra misional, lo que indudablemente habría de favorecer y reforzar los proyectos de la administración colonial. Este acercamiento entre los organizadores de las exposiciones y la Iglesia católica a través de las congregaciones misioneras se produce en un momento en el que el Vaticano (con el papa León XIII a su frente) asume ya sin ambages que necesita el apoyo del aparato de expansión colonial para continuar progresando en su

¹⁵ Sobre el certamen de 1887, véase SÁNCHEZ GÓMEZ, Luis Ángel, *Un imperio en la vitrina: el colonialismo español en el Pacífico y la Exposición de Filipinas de 1887*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003. Sobre la exposición sevillana, véase del mismo autor: «África en Sevilla: la exhibición colonial de la Exposición Iberoamericana de 1929», *Hispania*, LXVI, 224 (2006), págs. 1045-1082.

obra evangelizadora, y cuando, desde la óptica contraria, las administraciones coloniales se atreven a reconocer de forma explícita tanto la condición singularizada como la utilidad práctica del trabajo de los misioneros.

Lo anotado vale para el ámbito católico. Por lo que respecta al universo evangélico (muy especialmente el británico), hemos comprobado que son únicamente dos exposiciones universales decimonónicas, las parisinas de 1867 y 1900, las que acogen una participación explícita de sus Iglesias o misiones, no existiendo apenas (o en absoluto) trazas de su vinculación con los demás certámenes universales o coloniales de aquellos años, incluidos los celebrados en Reino Unido y Estados Unidos¹⁶. Hasta el momento, sólo hemos documentado una presencia misional (bastante restringida) en un único certamen colonial británico decimonónico, en la *Stanley and African Exhibition* organizada en Londres, enteramente con capital privado, en 1890¹⁷. La razón que explica esta débil vinculación entre las misiones protestantes y las exposiciones universales y coloniales no es el desinterés o el desconocimiento del valor de dicha participación, sino el hecho de que gran parte de las Iglesias evangélicas había sido capaz de articular, ya desde finales de los años 70, exitosas exposiciones misionales autónomas, lo que sin duda hacía menos perentoria su presencia en los certámenes laicos. Es más, es muy probable que tales certámenes autónomos protestantes se organicen precisamente para mantener una cierta independencia con respecto a los intereses y proyectos de los empresarios y las administraciones coloniales. Por otra parte, y teniendo en cuenta que la mayoría de las exposiciones coloniales británicas son de iniciativa privada, es posible que sus organizadores no encuentren ventaja alguna en la participación misional.

LA PRIMERA GRAN MUESTRA MISIONAL CATÓLICA (LYON, 1894)

La primera exposición colonial especializada en la que hemos documentado la presencia explícita y sistematizada de instituciones misionales católicas es la Exposición Internacional y Colonial de Lyon, de 1894. Puede parecer un contrasentido, casi una burla, que sea precisamente en plena Tercera República Francesa, en medio de un ambiente político presuntamente laicista y en buena medida anticlerical, en el que se organice una exposición o sección misional como la que ahora comentamos. Es cierto que no se trata de un evento religioso autónomo y que está perfectamente vinculado con el contexto colonial en el

¹⁶ En los Estados Unidos, las Iglesias protestantes organizan importantes exposiciones misionales autónomas, pero ya durante las dos primeras décadas del siglo XX. Por el contrario, no hemos encontrado noticia alguna sobre su participación en certámenes genéricos.

¹⁷ COOMBES, Annie E., *Reinventing Africa. Museums, Material Culture and Popular Imagination in Late Victorian and Edwardian England*, New Haven, Yale University Press, 1994, págs. 68-70. La parcela misional de la exposición sólo incluye la presencia de la Church Missionary Society y la Universities' Mission to Central Africa, ambas de confesión anglicana.

que se inscribe, pero precisamente esto lo hace aún más singular. Son varias las circunstancias que explican esta colaboración. La primera es la fuerte vinculación histórica de la ciudad de Lyon con las misiones. La segunda tiene que ver con los afanes de esta ciudad, sobre todo de su Cámara de Comercio, por consolidarse como metrópoli colonial. La tercera tiene mucha mayor trascendencia política: la administración republicana asume por fin que «el anticlericalismo no es un artículo de exportación»¹⁸ y que los objetivos de los misioneros y de la metrópoli no tienen por qué estar enfrentados; de hecho, pueden y deben confluír en casi todos los casos. Y es que, aunque resulta evidente que es durante los dos primeros tercios del siglo XIX, en época imperial, cuando la imbricación entre misiones y colonialismo francés se hace especialmente fuerte, la política anticongregacionista republicana apenas se deja sentir de forma directa en el ámbito misional colonial; incluso pudo producirse un incremento del número de vocaciones misionales como reacción ante la oposición ideológica del Estado frente a la Iglesia católica¹⁹.

Aunque autodefinida como internacional, la exposición lyonesa de 1894 es eminentemente nacional (de hecho, fuertemente local) y su importancia bastante menor a la de cualquier otra exposición internacional o universal francesa. No obstante, su parcela misional (exclusivamente católica) es ciertamente significativa. La parte más destacada de la sección ocupa una de las salas del Pavillon de l'Afrique Noire del certamen y acoge materiales etnográficos e información misional procedentes de tan solo dos instituciones religiosas, ambas fundadas precisamente en Lyon: la Œuvre de la Propagation de la Foi y la Société des Missions Africaines. La primera había sido creada por un grupo de laicos, en torno a la figura de Pauline-Marie Jaricot, en 1822; la segunda, por el P. Melchior Marie-Joseph de Marion Brésillac, en 1856. Las dos instituciones son, por tanto, de fundación muy reciente y específicamente misionales, lo que de algún modo les permite distanciarse o singularizarse respecto de las más tradicionales órdenes regulares católicas.

Por la información que nos ofrece Zerbini²⁰ y los artículos que sobre el certamen se publican en *Les Missions Catholiques*, podemos afirmar que las dos sociedades religiosas, sobre todo la de Misiones Africanas, construyen un discurso expositivo basado en la presentación, relativamente bien documentada, de objetos nativos que pretende demostrar no sólo las lamentables condiciones materiales de la existencia de los pueblos misionados, sino la depravada moralidad que caracterizaba su modo de vida durante las etapas previas al contacto con

¹⁸ Fue el político radical francés León Gambetta (1838-1882) el autor de la célebre frase «L'anticléricalisme n'est pas un article d'exportation», declaración que resume de manera tan clara como contundente la forma de abordar en la práctica la cuestión misional desde la Tercera República.

¹⁹ GIRARDET, Raoul, *L'idée coloniale en France*, París, Hachette/Pluriel, 1995 [1972], pág. 255.

²⁰ ZERBINI, Laurick, «Les expositions missionnaires. De l'object-document à l'object-mémoire», en: PAISANT, Chantal (dir.), *La mission en textes et images. XVIe-XXe siècles*, París, Karthala, 2004, págs. 273-290

los religiosos. De ahí la insistencia en presentar ejemplos del denominado «culto fetichista», con reiteradas referencias al carácter «sanguinario» de su religión, a los sacrificios de animales e incluso a los sacrificios humanos. No obstante, alguno de los articulistas de la revista citada deja abierto un resquicio al «aprovechamiento» de las religiones primitivas por parte del misionero, al argumentar que «le fétichisme [...] n'est pas l'adoration de la matière brute [...], mais un mélange bizarre de monothéisme et polythéisme»²¹. También se dedica una parte de la exposición africana a lo que los organizadores califican como *arts noirs*, terminología ambigua que en realidad recoge básicamente objetos de la vida cotidiana. La finalidad aparente de estas vitrinas es ofrecer información sobre las formas de vida de los pueblos misionados, pero el mensaje esencial que se desea transmitir es que tales gentes se encuentran aún en un nivel de desarrollo tecnológico muy limitado, que habrá de ser modificado gracias a la evangelización y a la expansión de la «civilización». Completan la exposición materiales y objetos diversos de contenido mucho menos dramático pero típicos tanto de las exposiciones misionales como coloniales: fotografías, planos, libros, productos agrícolas e industriales, colecciones de minerales y rocas, plantas, animales disecados, etc.

Los mensajes de primitivismo lanzados en torno a las gentes de África no tienen cabida en la exposición de objetos asiáticos, que se exhiben de forma mayoritaria en la sección presentada por la Obra de la Propagación de la Fe. Los suntuosos objetos procedentes de Tonkín, Cochinchina, China y Japón no pueden asociarse a pueblos bárbaros o salvajes; por ello, los mensajes que se articulan son mucho más sutiles que los vinculados con el contexto africano, debiendo combinar con inteligencia el hecho evangelizador, el comercio y la negociación. En todo caso, la proyección estrictamente civilizadora de la empresa misional tiene mucha menor relevancia en esta sección.

Pero ya se trate del África negra o del Lejano Oriente, las misiones y los misioneros dan pruebas en todo momento de su compromiso con el colonialismo francés. La propia revista de la Obra de la Propagación de la Fe, *Les Missions Catholiques*, llama la atención desde un primer momento sobre lo que podríamos considerar la parcela «aplicada» de la obra y de la propia exposición misional, destacando que los materiales exhibidos «montreront que nos missionnaires sont de savants de premier ordre»²², al tiempo que lanzan un guiño a la empresa expositivo-colonial al declarar que se sienten honrados por participar en la que califican como «fête du progrès et de la civilisation»²³.

²¹ CHAUTARD, R.P., «L'Oeuvre de la Propagation de la Foi et la Société des Missions africaines à l'Exposition universelle de Lyon», *Les Missions Catholiques*, n.º 1314, 10 de agosto de 1894, pág. 388.

²² *Les Missions Catholiques*, n.º 1304, 1 de junio de 1894, pág. 258.

²³ *Ibidem*.

UNA PRESENCIA MISIONAL RESTRINGIDA (TERVUREN, 1897)

La muy católica y, aunque tardía, muy colonial Bélgica también abre paso a la propaganda misional en sus exposiciones, aunque durante el siglo XIX esa presencia es bastante menos significativa que en los certámenes organizados en la siguiente centuria. Los belgas organizan cuatro grandes exposiciones universales durante las dos últimas décadas del XIX: dos en Amberes (1885 y 1894) y dos más en Bruselas (1888 y 1897). Tenemos constancia de que las de 1894 y 1897 cuentan con una sección colonial dedicada al Congo, algo que no parece documentarse en las anteriores. No obstante, sabemos que ya en 1885 se «exhiben» —pese a la recentísima formación del infausto Estado Independiente del Congo— doce nativos traídos desde África, cifra que se eleva nada menos que a 144 en la exposición de 1894²⁴.

Los condicionantes propios del inicial contexto de puesta en marcha de la colonia no hacen posible que las exposiciones de 1885 y 1888 cuenten con participación misional. En 1894, sin embargo, sí se documenta una presencia misional católica en la sección colonial del certamen de Amberes. Lamentablemente, la información de que disponemos al respecto es mínima. La única referencia es la que ofrece Vints, quien se limita a señalar que en esta exposición «les missions [católicas] s'étaient chargées elles-mêmes de se présenter»²⁵. Esto quiere decir que, pese a que sin duda dicha presencia es muy escasa y no cuenta con financiación del Estado, los organizadores dejan cierta libertad a las sociedades religiosas para mostrar en qué consiste la actividad que desempeñan en Congo.

Sólo tres años después, en 1897, Bruselas se embarca en la organización de su segunda exposición internacional. Ahora, las lecciones aprendidas de los eventos previos sirven para dar forma a un acontecimiento que supera con creces a todo lo visto hasta entonces, y esto es algo que se refleja de forma muy especial en la extensa y espectacular sección colonial que entonces se organiza. Tal es su importancia y sus dimensiones, que la sección se convierte en una exposición independiente; de hecho, se levanta en un espacio singular y diferenciado: en el Parque de Tervuren, a las afueras de Bruselas.

Y ¿qué conocemos de la participación misional? Aunque de nuevo la información es escasa, sabemos que el comité organizador de la exposición (que no incluye a ningún religioso) no repite el formato aplicado tres años antes en Amberes, decantándose por una participación misional articulada y controlada directamente por los responsables del certamen. Además, no se despliega en el Palacio de las Colonias, sino en un edificio anexo, en la llamada Maison Tropical,

²⁴ WYNANTS, Maurit, *Des Ducs de Brabant aux villages Congolais. Tervuren et l'Exposition Coloniale 1897*, Tervuren, Musée Royal de l'Afrique Centrale Tervuren, 1997.

²⁵ VINTS, Luc, «D'une évocation discrète au triomphalisme de la *Missa Luba*. Les missions catholiques du Congo aux expositions universelles de 1897 et 1958», en: VELLUT, J-L (dir.), *La mémoire du Congo. Le temps colonial*, Tervuren, Gand, Musée royal de l'Afrique Centrale, Éditions Snoeck, 2005, 173-179, cit. en pág. 173.

compartiendo espacio, entre otros, con la Cruz Roja y el servicio postal colonial. Por lo que se refiere a la participación católica, la única sobre la que disponemos de información, sabemos que sólo se exhiben materiales enviados por los jesuitas y las *Sœurs de Notre-Dame* (de la ciudad valona de Namur), que se muestran en tres desangeladas vitrinas y sobre una de las paredes del recinto. En todo caso, el mensaje que se quiere de transmitir es el mismo que vemos desplegado en otras exposiciones mucho más sofisticadas: que la misión aporta progreso moral y material, favoreciendo tanto a los misionados como a la propia empresa colonial.

Teniendo en cuenta que en 1897 la presencia católica en Congo es todavía muy limitada, resulta evidente que la exposición no podía mostrar mucho más de lo entonces mostrado: ni grandes resultados prácticos de su labor evangelizadora ni imágenes impactantes de iglesias, escuelas u hospitales. Sin embargo, también debemos reconocer que su presencia en Tervuren podría haber sido mucho más visible y notoria si los organizadores del certamen lo hubieran deseado. No fue así. Y es que, aunque en teoría Leopoldo II facilita desde un primer momento la expansión de las misiones católicas (y también de las protestantes, que son las primeras en llegar y que entonces son todas extranjeras) en su singular posesión, tal actividad no está solo limitada por la dificultad intrínseca de comenzar una obra tan ingente desde la nada, sino que se encuentra muy constreñida por los intereses eminentemente económicos del entramado colonial que administra y explota el Estado Independiente del Congo. En realidad, las misiones no son sino un recurso más de los empleados por Leopoldo II y sus administradores coloniales para legitimar entre la ciudadanía belga (y entre la opinión pública internacional) su presunta labor filantrópica, por lo que cualquier conato de oposición o mero cuestionamiento de la gestión colonial por parte de los religiosos habría de ser rápidamente silenciado. De ahí que los organizadores del certamen limiten la participación misional a la presentación de unos pocos materiales que pueden resultar más o menos favorables a la propaganda colonial, sin dejarles ninguna otra opción y, por supuesto, sin permitirles el desarrollo de ninguna iniciativa propia. Parece incluso que el comité organizador favorece de algún modo a determinadas misiones protestantes, que quizás entonces desarrollan una labor más intensa y «útil» en el Congo, circunstancia que cambia radicalmente a partir de 1908.

Es posible que las «precauciones» con las que los organizadores abordan la participación misional tengan relación, como se ha apuntado, con algún tipo de inconveniente que se hubiera manifestado en el certamen de Amberes de 1894. De todas formas (y aunque es cierto que hubo denuncias de religiosos), ya fuera por la presión ejercida por los administradores coloniales o por el deseo de autoprotección de los misioneros, parece que al final se produce una cierta connivencia en el territorio africano entre algunos misioneros y la corrupta administración colonial, connivencia que acaba salpicando a los primeros cuando se confirman oficialmente, en noviembre de 1905, las denuncias internacionales, salidas a la luz años atrás, contra Leopoldo II y sus agentes coloniales en el pseudoestado congolés.

LOS «VIEJOS BUENOS TIEMPOS» DE LA ALEMANIA IMPERIAL (BERLÍN, 1896)

El contexto geoestratégico que permite la puesta en marcha del imperio africano leopoldino es el mismo que hace posible el arranque de la expansión ultramarina germana. Sólo una década después, a mediados de los 90, la obsesión del káiser Guillermo II por hacer de Alemania una gran potencia, una verdadera *Weltmacht*, parece haberse alcanzado. Los gravísimos riesgos que todo ello implica no parecen importar demasiado. No debe extrañarnos que sea precisamente entonces cuando se ponga en marcha en Berlín la gran *Gewerbeausstellung* (Exposición Industrial) que el poderío alemán reclama. Tampoco sorprende que el evento cuente con el primer gran espectáculo expositivo-propagandista colonial de la historia germana: la *Erste Deutsche Kolonialausstellung* o «Primera Exposición Colonial Alemana».

La exposición colonial berlinesa es un acontecimiento ciertamente extraordinario en la historia de la ciudad; de hecho, nunca se vuelve a organizar nada igual. Aunque se asocia a la exposición industrial, se extiende sobre un área claramente individualizada, como es costumbre en Europa cuando una gran exposición colonial se asocia a una general. Ocupa una superficie nada desdeñable, sesenta mil metros cuadrados, y recibe más de dos millones de visitas, una cantidad ciertamente importante. Pese a los escasos doce años de colonialismo alemán que hasta entonces han transcurrido, los organizadores ponen en marcha un espectáculo que no renuncia a ninguno de los reclamos y a ninguna de las atracciones de orientación etnológica propias de las grandes exposiciones coloniales que desde hace algún tiempo vienen organizando las grandes potencias europeas. Y, aunque su objetivo central es el fomento de las iniciativas económico-comerciales en las colonias, el mayor éxito de público lo consigue, cómo no, la recreación de varias «aldeas nativas» o «aldeas de negros» y la presencia de 103 indígenas procedentes de prácticamente todas las colonias germanas de África y del Pacífico.

Pero a pesar de su extraordinaria relevancia, la primera gran exposición colonial alemana no es un evento oficial, sino la materialización de los esfuerzos de un grupo de destacados empresarios berlineses con intereses económicos en las colonias. En todo caso, es evidente que el proyecto expositivo no puede sino favorecer los intereses coloniales imperiales, de ahí que de forma indirecta cuente con el respaldo gubernamental y con el apoyo económico no demasiado relevante de la Sección Colonial del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Y, ¿cómo se vinculan las misiones cristianas con el espectáculo colonial de 1896? Lo hacen de forma directa e intensa y, aunque están lejos de erigirse en la referencia central del certamen, sí consiguen hacerse notar, aunque será más a través de las iniciativas puestas en práctica por los misioneros que por la calidad intrínseca de los materiales exhibidos. El coordinador general de la exhibición misional es Alexander Merensky, de la protestante Sociedad Misional de Berlín (*Berliner Missionsgesellschaft*, BMG), quien invita a participar a otras

siete sociedades misionales evangélicas (incluida la Misión de Basilea) y cuatro congregaciones católicas alemanas, además de a otras dos sociedades evangélicas extranjeras (de Reino Unido y Estados Unidos) con presencia en las colonias germanas. El proyecto expositivo de Merensky difiere en ciertos detalles del que se observa en otras exposiciones misionales contemporáneas. Su objetivo es ciertamente el habitual en estos actos: publicitar la obra misional, mostrar sus logros y recabar apoyo para el fortalecimiento y la continuidad de la empresa. Sin embargo, su principal responsable no considera conveniente desplegar el típico repertorio de llamativos objetos etnográficos que sirve de reclamo en toda exposición misional que se precie de serlo. A lo sumo, accede a que se exhiban objetos vinculados con las creencias religiosas paganas. Cualquier otro material estaría de más, dado el amplio despliegue expositivo etnográfico de la exposición colonial laica. Lo que se considera realmente importante es mostrar los logros científicos, asistenciales y puramente materiales de los misioneros a favor de los misionados y del propio sistema colonial; de forma complementaria, también se habrían de exhibir las creaciones materiales nativas surgidas del proceso evangelizador y civilizador. Además, la apuesta por este tipo de contenidos en detrimento de los puramente etnográficos debería permitir alcanzar un objetivo secundario pero de no poca importancia para un misionero evangélico: mostrar la aún escasa implantación de las misiones católicas en las colonias alemanas.

La exhibición misional parece asumir el modelo propuesto por Merensky, aunque el informe oficial²⁶ no ofrece demasiada información y las fuentes secundarias disponibles tampoco permiten conocer sus contenidos concretos, ni cómo se articula la participación de cada una de las sociedades o congregaciones. Y es que la cuestión que más interesa a Heyden, el principal y casi único estudioso de la parcela misional, es la reacción de las misiones ante la exhibición de nativos²⁷. Sin embargo, es precisamente la forma en la que el mundo misional interpreta dicha exhibición el factor que no vemos del todo definido en el estudio del historiador alemán. Es cierto que en alguna publicación religiosa Merensky se opone con cierta vehemencia a la exhibición de esas «pobres gentes». También es verdad que ya en 1884, en la «Sexta Conferencia Misional

²⁶ Redacta el texto Gustav Meinecke (1897). A pesar del tamaño, del volumen de páginas y de la calidad del trabajo editorial, los escasos párrafos y las contadas litografías que se incluyen sobre las secciones misionales resultan escasamente informativos. No obstante, de las citadas imágenes se puede deducir que las misiones disponen de poco espacio, que su despliegue material no resulta demasiado llamativo y que incluye fotografías, cuadros, maquetas de iglesias, libros, objetos religiosos y algunas piezas etnográficas. Sobre la sección evangélica, véanse las págs. 121-127; sobre la católica, págs. 127-131.

²⁷ HEYDEN, Ulrich van der, «Südafrikanische "Berliner". Die Kolonial- und die Transvaal-Ausstellung in Berlin und die Haltung der deutschen Missionsgesellschaften zur Präsentation fremder Menschen und Kulturen», en: HÖPP, Gerhard (ed.), *Fremde Erfahrungen. Asiaten und Afrikaner in Deutschland, Österreich und in der Schweiz bis 1945*, Berlín, Verlag Das Arabische Buch, 1996, págs. 135-156.

Continental» evangélica organizada en Bremen, se rechaza de forma rotunda la exhibición en parques zoológicos y escenarios similares de gentes traídas de ultramar. Pero, pese a todo, lo que no queda claro (en ninguno de los dos casos) es si el rechazo se dirige a todo tipo de exhibición de nativos o sólo a las tradicionales y exclusivamente comerciales *Völkerschauen*. Y es que, no lo olvidemos, en 1896 el mundo misional europeo —precisamente el protestante, aunque británico— lleva casi dos décadas presentando a nativos presuntamente cristianizados en sus propias exposiciones, con el también presunto objetivo de «recrear» sus antiguos modos de vida paganos. Las dudas sobre la sinceridad de las críticas de Merensky se fundamentan justamente en las razones que ofrece para sustentar ese rechazo, que parecen vincularse más con el hecho de que la exhibición de nativos de 1896 no haya sido organizada o no pueda ser controlada por las propias misiones. En ese sentido, pueden quizás interpretarse algunas de las observaciones hechas por el propio Merensky y por otro relevante personaje contemporáneo acerca de la exposición colonial. Este último es Julius Richter, editor de la ampliamente difundida revista ilustrada *Die Evangelische Missionen* y cronista de la BMG, para quien la mayor desgracia que parece asociarse a la exhibición de los nativos proviene de las nefastas influencias que reciben de sus «observadores» occidentales. Lo curioso, y esto es algo sobre lo que no se hace hincapié en la bibliografía que manejamos, es que cerca de la mitad de los nativos participantes son cristianos (también hay algunos musulmanes)²⁸, y esto debería haber generado algún tipo de reacción o haber implicado algún posicionamiento más claro por parte de las sociedades misionales.

En cualquier caso, se puede concluir —como hace Heyden— que las sociedades misionales participantes en la exposición de 1896, pese a sus contradictorias observaciones y reacciones, rentabilizan de forma muy positiva la exhibición de nativos. Gracias a su presencia, de la que además no son responsables, se hace especialmente evidente el valor de la tarea evangelizadora y civilizadora que los misioneros exhiben en su propia sección. En último término, esos «salvajes» son la mejor prueba del tremendo esfuerzo que han hecho y deben seguir haciendo los misioneros, esfuerzo para el que precisamente se solicita, y parece haberse conseguido, la colaboración moral y más aún económica de la sociedad alemana. De todas formas, y pese al éxito de su participación en 1896, el mundo protestante germánico no se siente atraído por el fenómeno expositivo, ni durante el imperio ni tras la pérdida de las colonias, opción muy diferente a la elegida por las misiones británicas²⁹. La única y relevante excep-

²⁸ SCHNITZER, Daniela, «Zur ersten Deutschen Kolonialausstellung in Rahmen der Berliner Gewerbeausstellung», en: *Die verbinderte Weltausstellung. Beiträge zur Berliner Gewerbeausstellung 1896*, Berlín, Berliner Debatte, [Bezirkamt Treptow Berlin], 1996, págs. 115-124.

²⁹ Sólo unos meses tras la clausura de la exposición colonial, en 1897, la ciudad de Berlín vive otro espectáculo similar, aunque de dimensiones algo menores. Nos referimos a la *Transvaal-Ausstellung*, que promociona unos territorios que por entonces son un Estado independiente, temeroso de Gran Bretaña y deseoso de acercarse a Alemania. En este certamen privado, nos

ción es la de una muy destacada sociedad evangélica suiza presente ya en la exposición colonial de 1896, la Basler Mission (Misión de Basilea), que organiza durante las primeras décadas del siglo XX —tanto en Suiza como en Alemania— las más importantes, y probablemente únicas, exposiciones etnológico-misionales autónomas del ámbito germanoparlante.

LA SINGULARIDAD ITALIANA (GÉNOVA, 1892 Y TURÍN, 1898)

Las dos exposiciones misionales que vamos a comentar presentan unas características muy particulares. Tan singulares son, que bien podríamos calificarlas como atípicas en el ámbito de la propaganda misional católica, tanto por los contextos en los que se articulan como, y sobre todo, porque son las únicas que recurren a la «exhibición» explícita de nativos en el ámbito católico. Además, su vinculación directa con la empresa colonial es bastante difusa: la desplegada en Génova se desarrolla casi totalmente al margen del entonces incipiente proceso de expansión colonial de Italia en el noreste de África; la turinesa tiene significativos puntos de encuentro, pero sin un contexto claro de colaboración.

Aunque en algún listado aparece catalogada como de carácter internacional, la Exposición Italo-Americana, celebrada en Génova en 1892, es en realidad un evento de dimensiones nacionales con afanes de proyección internacional, más concretamente hacia tierras americanas. Las buenas relaciones existentes entre las autoridades de la ciudad y la jerarquía católica hacen posible que el certamen cuente con una sección misional completamente autónoma, la denominada *Mostra delle missioni cattoliche americane*, que según el autor de la memoria del certamen genérico tiene como objetivo

“dimostrare lo stato morale e materiale delle popolazioni selvagge e idolatre dell’America all’epoca della scoperta, l’antico statu delle regioni ora civili e l’efficacia delle missioni”³⁰.

Al margen de otras muchas cuestiones que ahora no podemos abordar, la característica más relevante de la *mostra* es que despliega la primera exhibición pública de nativos documentada en una exposición misional católica: dos adultos y seis niños fueguinos y araucanos. El evidentísimo carácter «animalizador» de esta exhibición no pasa desapercibido a nadie, tampoco a los propios organizadores. De hecho, Bottaro cita unas curiosas palabras pronunciadas al respecto por el presidente del comité organizador de la muestra, en el acto de inaugura-

encontramos de nuevo con una participación misional, aunque mucho más singular que la de 1896, pues se trata de la exhibición de un grupo de nativos africanos organizada por un miembro de la BMG, que no cuenta con el visto bueno de las sociedades misioneras.

³⁰ BOTTARO, Mario, *Genova 1892 e le celebrazione colombiane*, Génova, Francesco Pirella Editore, 1984, págs. 45-46.

ción del *villaggio* nativo. Entonces, y dirigiéndose a los que califica como *ospiti* (invitados) americanos, asegura que

«non vi chiamammo perchè foste spettacolo all'altrui vana curiosità. Questo mercato sarebbe stato indegno de noi e di voi»³¹.

Sin embargo, todo apunta a que el objetivo es justamente el contrario: el mero espectáculo y, por ende, conseguir el mayor número posible de visitantes y de ingresos. Buena prueba de lo que decimos la encontramos en la publicidad que sobre la exposición misional se incluye en la guía general del certamen³². En el anuncio, y junto con el grabado de un emplumado nativo norteamericano, se publicita el “Villaggio fueguino e patagone con indigeni appositamente condotti dai Missioneri Salesiani”. Lo único que se está ofreciendo es la posibilidad extraordinaria de contemplar unos seres extraños o, cuanto menos, singulares, procedentes de unos territorios tan lejanos que casi forman parte de un país de fábula.

Aunque la muestra misional genovesa proporciona réditos notables a las misiones italianas, la exhibición de los nativos genera críticas significativas que tienen consecuencias prácticas; de hecho, el modelo no vuelve a repetirse.

Por esas y otras muchas razones, la segunda gran exposición misional italiana responde a un diseño diferente, aunque presenta algunos rasgos coincidentes con la genovesa, pues de nuevo se integra en un evento laico de mayores dimensiones, y tampoco se trata en esta ocasión de una exposición estrictamente colonial. El acontecimiento de referencia es la Exposición General Italiana de Turín de 1898, que conmemora el cincuenta aniversario del denominado «Estatuto Albertino». Desde luego, no se trata de un aniversario banal: dicho estatuto fue, pese a sus limitaciones, el único texto constitucional que tuvo el Estado italiano desde su unificación hasta la promulgación de la constitución de 1947. Aunque inicialmente la Iglesia se opone con fuerza al evento (por su evidente orientación nacionalista, liberal y poco menos que revolucionaria), al final se llega a un acuerdo. La Iglesia católica da su visto bueno al proyecto al añadirse al certamen general una *Esposizione d'arte sacra, delle missioni cattoliche e delle opere di carità cristiana* independiente, financiada mediante aportaciones de la Iglesia y suscripciones públicas y privadas.

Si bien la exposición de arte sacro es de una enorme riqueza, la parcela más impactante de la muestra es la dedicada a la expansión de las misiones italianas en el mundo, proyección que obviamente es mucho más antigua y va mucho más allá que la vinculada a la todavía muy reciente y no poco dramática (incluso para los italianos) expansión colonial en África³³. Su enorme éxito y el gran

³¹ *Ibidem*, pág. 46.

³² Reproducida en: PERRONE, Michele, «Esposizione Italo-Americana Genova 1892. Celebrativa del IV centenario della scoperta dell' America», s.d. (<http://www.lanternafil.it/Public/Expo92/Esposizione.htm>, consultado el 8 de marzo de 2011).

³³ Italia entra tarde en el reparto del «pastel» colonial. En julio de 1882 la bahía de Assab, en la costa meridional del Mar Rojo, se convierte en el primero territorio italiano en África, aunque la

impacto que produce entre los visitantes no es únicamente fruto de la exhibición de reliquias y objetos diversos vinculados con el despliegue histórico y contemporáneo de las misiones, ni tampoco del atractivo repertorio de materiales etnográficos inherente a cualquier exposición misional, ni siquiera de las llamativas arquitecturas de los cinco pabellones territoriales (América, Tierra Santa, «misiones otomanas», África y Asia) en los que se presentan todas estas colecciones. El rasgo más significativo del certamen de 1898 es la participación de nada menos que 122 nativos de ambos sexos, procedentes tanto de territorio colonial italiano (Eritrea) como de otras áreas de misión.

¿Cómo podemos valorar esta participación? En principio, habría que admitir que los nativos «traídos» por los misioneros no son propiamente «exhibidos»: el sentido de su presencia en el certamen es esencialmente informativo y ejemplarizante, es decir, son una muestra viva de los avances de la evangelización y de que al menos una parte de los habitantes de los territorios misionados puede participar, aunque sea parcialmente, de los beneficios espirituales y materiales de la civilización occidental y cristiana. Además, el hecho de que entre los nativos haya sacerdotes y monjas es sin duda una prueba palpable del éxito de la expansión misional italiana. Sin embargo, esta interpretación tiene algunas sombras. La mera presencia de esos exóticos católicos en el recinto, sus rasgos físicos, una indumentaria compartida que adquiere carácter casi de «uniforme» nativo, todo ello desemboca en algo parecido a una pseudoexhibición muy sutilmente camuflada de colaboración. Que pese a su condición cristiana tales individuos son catalogados como seres aún inferiores lo vemos claramente en el programa publicado en 1896, de modo especial en el tono marcadamente «animalizante» que se emplea para informar sobre sus actividades, pues se anota que los nativos

«sono lasciati in libertà per il parco e negli edifici, sotto la custodia del loro superiori, in modo che i visitatori possono interrogarli e conversare con loro»³⁴.

Tal y como queda expresado, el trato con los nativos recuerda al manejo de un grupo de fieras domesticadas.

colonia de Eritrea sólo se proclama de manera oficial en enero de 1890. Quizás por lo tardío del proceso, muy pronto se echa mano del formato expositivo para convencer a la sociedad italiana de la necesidad de mantener y potenciar la obra colonial. Así, ya en 1884 la Exposición General Italiana de Turín incluye una pequeña sección colonial que cuenta con la presencia de varios nativos traídos de tierras africanas. No se documenta entonces ninguna participación misional, pues los primeros misioneros católicos italianos que pisan suelo eritreo lo hacen en noviembre de 1886.

³⁴ Citado por ZACCONE, Gian Maria, «L'Esposizione d'arte sacra del 1898 a Torino tra religione e politica», *Studi Piemontesi*, XXV-1 (1996), págs. 71-102.

MISIONES Y *GRANDEUR* COLONIAL (PARÍS, 1900)

En el último año del siglo XIX, la glamurosa capital francesa organiza una exposición superlativa: es una de las más espectaculares de todos los tiempos; es la que atrae mayor número de visitas de todo el siglo XIX y de buena parte del XX (casi 51 millones); es una de las más rentables en clave económica; en superficie, supera de largo a todas las demás exposiciones organizadas en Europa y en la mayor parte del mundo; despliega las más extensas y exóticas secciones coloniales vistas hasta entonces y, por fin, es la más intensamente evocadora de un momento histórico de acelerado cambio económico, político y social.

Como decimos, la inmensa exposición de 1900 acoge sendas secciones coloniales, francesa e internacional. Y es aquí, en el grupo XVII sobre «Colonisation» de la sección francesa, concretamente en la clase 113 sobre «Procédés de colonisation», donde por fin se presentan las misiones cristianas (francesas) de forma individualizada en el seno de una gran exposición universal. La República parece haber superado el miedo a compartir escena con la Iglesia católica y comprendido que la colaboración ha de resultarle rentable; además, esta colaboración no le ata en modo alguno las manos. De hecho, su conocida legislación *anticongréganiste*, que precisamente se promulga entre 1901 y 1905, dificulta o simplemente impide la actividad de las órdenes religiosas en la Francia metropolitana durante las dos décadas siguientes, fuerza al exilio a varias decenas de miles de religiosos y religiosas y fija de manera definitiva la separación entre Iglesia y Estado. Sin embargo, y de manera sólo aparentemente contradictoria, al mismo tiempo esa administración laica impulsa la empresa misional francesa en ultramar. Por ello, y pese a todas las dificultades, tanto el Vaticano como la Iglesia francesa son conscientes de que no deben desaprovechar la oportunidad que se les ofrece para estar presentes en la gran fiesta del fin de siglo.

La muy singular coyuntura que atraviesan las misiones católicas en Francia durante aquellos años se proyecta de forma inevitable sobre la exposición. En efecto, el Pabellón de las Misiones Católicas —pues de un pabellón exento se trata— se levanta en el parque del Trocadero, la zona destinada a la exhibición de las colonias que parecen abrazar las dos enormes alas del palacio construido para el certamen universal de 1878. Sin embargo, no se sitúa en la zona derecha del parque, la que acoge las colonias francesas, sino en la izquierda, en uno de los extremos de la sección internacional, junto al pabellón de las colonias portuguesas. Da la impresión de que los organizadores tratan de evitar la asociación directa entre la Iglesia católica y la Tercera República, situando el pabellón misional en un contexto internacional, algo no muy congruente si tenemos en cuenta que las misiones que se exhiben son exclusivamente francesas y que se despliegan mayoritariamente sobre las colonias galas.

En su informe general, el máximo responsable de la exposición, Alfred Picard, concreta que el edificio católico ha sido costeadado por los expositores,

habiéndose hecho cargo la administración del Estado únicamente de las obras de explanación del terreno³⁵. Poco más añade el comisario, aunque sí recurre a la patriótica y pro-misional anotación de que el edificio exhibe «les méthodes employées par les missionnaires français qui portent au loin notre langue et notre influence»³⁶. Para conocer sus contenidos, debemos acudir a un breve artículo aparecido en la que quizás sea la más destacada publicación contemporánea sobre el certamen³⁷. Llama la atención que, si bien su autor informa sobre los contenidos de la exhibición misional, el objetivo preferente que le guía es la defensa y reivindicación de las misiones, cuestión nada irrelevante si tenemos en cuenta la difícil situación que viven entonces las congregaciones religiosas en Francia, que aún habrá de empeorar en los años venideros. Unas breves líneas definen la íntima conexión que desea establecer el articulista entre misión católica y colonización francesa:

«les chemins parcourus par eux [los misioneros] dans leurs explorations ont été souvent les premières voies de pénétration tracées et ont ouvert à notre commerce des débouchés nouveaux. En enseignant leur religion, ils ont porté au loin le nom de la France qu'ils ont fait connaître et aimer, et plus d'un a arrosé de son sang son généreux apostolat. [...] En résumé, ils font œuvre de civilisation et la France peut leur être reconnaissante de leur dévouement»³⁸.

La «demostración» del valor de las misiones para la epopeya colonial se articula mediante la exhibición de los ya tradicionales recursos desplegados en las exposiciones misionales decimonónicas: objetos litúrgicos, fotografías y documentos de las misiones, estudios científicos realizados por los misioneros (que favorecen el progreso de la empresa colonial), grupos escultóricos que representan momentos singulares de la obra evangelizadora (incluidas escenas de martirio que tan caras son a las exposiciones católicas, sea cual fuere el país de celebración)³⁹ y el inevitable despliegue de piezas etnográficas (incluidos no pocos «fetiches»), que pretenden probar la condición salvaje de los nativos aún no misionados y orientar sobre el esfuerzo realizado y, aún mas importante, el que todavía han de realizar los misioneros en su doble objetivo de extender el evangelio y la civilización entre los pueblos paganos.

³⁵ PICARD, Alfred, *Exposition universelle internationale de 1900 à Paris. Rapport général administratif et technique*, París, Imprimerie Nationale, 1903, vol. 3, pág. 157.

³⁶ *Ibidem*, vol. 4, pág. 273.

³⁷ REGESLPERGER, Gustave, «Le Pavillon des Missions catholiques», en: *L'Exposition de Paris (1900). Publiée avec la collaboration d'écrivains spéciaux et des meilleurs artistes*, París, Librairie Illustrée, 1900, vol. 3, págs. 282-283.

³⁸ *Ibidem*, pág. 282.

³⁹ Éste es uno de los rasgos que de forma más intensa diferencia a los certámenes católicos de los protestantes: los primeros se centran de modo muy marcado en la exaltación de la figura del misionero y del mártir; los segundos, por el contrario, suelen prestar mucha más atención al misionado que al misionero.

Como conclusión, se podría afirmar que la presencia católica en el certamen de 1900 rompe con un largo período de desencuentro entre las misiones y las grandes exposiciones decimonónicas, especialmente las francesas. Sin embargo, y a pesar del esfuerzo conciliador de la Iglesia y de su afán por asociarse a la empresa colonial, se trata de una presencia un tanto desdibujada o, cuando menos, drásticamente acotada. Aunque se levanta un pabellón bastante digno, sus dimensiones son demasiado exiguas para acoger en toda su dimensión la extensa empresa misional francesa. Sus 420 metros cuadrados son muy pocos ante, por ejemplo, los 1.500 de la misional genovesa de 1892, los casi 4.000 de la turinesa de 1898 o los más de 6.000 del pabellón de las misiones de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929.

Aunque de forma mucho más modesta que las católicas, las misiones protestantes francesas también están presentes en el certamen de 1900. Es más que probable que esa participación tuviera una resonancia pública muy limitada; además, y para empeorar las cosas, ninguna información se ofrece al respecto en las publicaciones oficiales del certamen, que parecen olvidar o desdeñar el mundo protestante. De hecho, los únicos datos que hemos localizado provienen de un breve artículo publicado en el *Journal des Missions Évangéliques*, el órgano de expresión de la Société des Missions Évangéliques de París (SMEP), la sociedad interconfesional protestante —esto es, que reúne a reformados, luteranos y evangélicos— responsable de la exhibición⁴⁰. Y es que, como suele ser norma, las exposiciones misionales protestantes tienen carácter colectivo y coordinado, asumiendo alguna de las sociedades la coordinación general del evento. En este caso se trata de la SMEP, que tiene ya entonces una experiencia notable en la organización de pequeñas exposiciones misionales autónomas.

Incluidas, como las católicas, en el grupo XVII de la exposición, las misiones protestantes no están en condiciones de sufragar la construcción de un pabellón propio, debiendo conformarse con desplegar su exhibición en un espacio compartido, en la galería oeste del Palacio del Trocadero, dedicado al mundo colonial internacional. En realidad, no disponen ni tan siquiera de un stand, sino de una superficie mural, ocupada en su parte inferior por varias vitrinas. Aunque se exhiben algunos «objets tirés du musée de la Maison des missions» que presumiblemente pueden tener carácter etnográfico, la exhibición protestante despliega sobre todo publicaciones de la SMEP, los tradicionales cuadernos de clase y obras de costura de alumnos y alumnas —respectivamente— nativos, álbumes fotográficos, mapas de las misiones, cronologías y estadísticas. Sólo parece haber una concesión al exotismo:

⁴⁰ El número en cuestión corresponde a junio de 1900, págs. 437-440. El artículo se incluye en formato pdf en la interesante página web del *Défap-Service protestant de mission*, heredero de la SMEP desde 1971 (<http://www.defap-bibliotheque.fr/index.php?id=18>, consultado el 8 de marzo de 2011), en la sección dedicada a la presentación de la participación protestante en la exposición colonial de 1931. La sociedad se funda en 1822.

«La partie supérieure de la bibliothèque forme un petit plateau, entouré d'une galerie, et supportant la réduction figurative d'un wagon à bœufs avec son conducteur noir et une partie de son attelage»⁴¹.

Comparado con lo que se exhibe en el pabellón católico, el despliegue protestante es ciertamente poco atractivo como reclamo propagandista. De hecho, es muy probable que la severa exhibición evangélica quedara anulada por el impactante repertorio exotista laico desplegado en el Palacio del Trocadero y, lo que aún debió de resultar más doloroso, por la contundente muestra de poder económico y espiritual exhibida por las misiones católicas en su propio pabellón. Los responsables de la SMEP son conscientes de sus tremendas limitaciones, que justifican por la ingente cantidad de trabajo que agobia a la sociedad. No obstante —y al igual que harán en la exposición de 1931— se muestran orgullosos de la sobriedad de su exhibición, anotando incluso que «elle ne tire pas l'oeil et ne vise pas à l'effet». Su proyecto misional pretende alejarse de lo que bien podríamos definir como veleidades espectaculares y populistas de la propaganda católica. Como anotan en su revista, su interés se centra en «ces pauvres créatures abandonnées que l'Europe appelle dédaigneusement des sauvages», a quienes buscan

«non pour les initier à une civilisation corrompue ou à une religion hypocrite [obviamente, la católica], mais pour le révéler leur origine divine et faire d'elles de nouvelles créatures, capables désormais de servir et de glorifier Dieu»⁴².

BALANCE

El balance sobre la participación de las Iglesias cristianas en las exposiciones coloniales (y en las secciones coloniales de las grandes exposiciones universales) del XIX resulta un tanto ambivalente. En primer lugar, hemos comprobado que las grandes exposiciones universales no se entusiasman precisamente ante la participación eclesiástica y que la Iglesia católica se muestra durante años totalmente reacia a establecer cualquier tipo de vinculación con semejantes «engendros del materialismo moderno». Pero tampoco sirve de mucho la actitud contraria del mundo protestante, que no consigue fijar un modelo estable de colaboración. La intensificación del imperialismo colonialista, que tiene lugar a partir de la década de 1880, hace posible que ese punto de encuentro se acabe materializando a través de la participación singularizada de las congregaciones y sociedades misionales (no de las Iglesias como instituciones), en calidad de colaboradoras en los procesos de expansión y consolidación del fenóme-

⁴¹ «La Société des Missions a l'exposition universelle», *Journal des Missions Évangéliques*, junio (1900), pág. 438.

⁴² *Ibidem*.

no colonial. Sin embargo, los modelos de escenificación de esa presencia misional difieren de forma sensible en cada uno de los países que ponen en marcha certámenes coloniales.

En primer lugar, vimos que esa participación sólo se hace explícita en la década de 1890. Centrados en ese momento, comprobamos que Francia mantiene una actitud ambigua ante la propaganda expositiva misional. El epicentro del movimiento misional católico francés, Lyon, acoge con entusiasmo la presencia misional en su exposición de 1894. Sin embargo, habrá que esperar hasta 1900 para que se ofrezca a las misiones una oportunidad similar, de mayor proyección pero de inferior calado, en una gran exposición universal gala. La legislación anticongregacionista hace que los años que restan hasta el estallido de la Gran Guerra sean aún peores para las congregaciones católicas francesas en la metrópoli, y esta coyuntura acaba proyectándose, aunque sea de manera indirecta, sobre el quehacer misional. Con el conflicto bélico en marcha, la República deja a un lado esa política y reclama desde el patriotismo la colaboración de los religiosos, tanto en las colonias como en la madre patria. Tras el reequilibrio que se logra durante los años 20, el punto culminante de la vinculación patriótica entre misión y *grandeur* colonial se alcanza en Francia en la «grandiosa» exposición parisina de 1931⁴³.

La situación es diferente en la Bélgica leopoldina. Sus exposiciones coloniales se abren pronto a las misiones, tanto católicas como protestantes. No obstante, en los certámenes decimonónicos esa participación aparece fuertemente constreñida y condicionada por los intereses de la administración colonial, que entonces son básicamente los intereses de Leopoldo II y del entramado empresarial creado en su Estado Independiente del Congo. La nueva etapa que se abre tras asumir el estado belga la propiedad y administración del Congo, en 1908, trae consigo una notable transformación de la práctica misional y de la colaboración de misioneros y administradores en el objetivo de cristianizar y «civilizar» a los congolese. Todo ello tiene un reflejo directo en las secciones coloniales de las posteriores exposiciones internacionales y universales belgas (sobre todo las de 1930, 1935 y 1958), en las que la presencia misional adquiere una importancia extraordinaria, que deja atrás y en el olvido las restricciones padecidas en los certámenes decimonónicos.

En la Alemania imperial la situación nada tiene que ver ni con lo sucedido en Francia ni con lo contemplado en Bélgica. En la exposición colonial de 1896, las misiones cristianas participan con un alto grado de autonomía y obtiene unos réditos nada desdeñables, especialmente las protestantes. El problema es que en el mundo germano la exposición colonial parece no acabar de

⁴³ De todas formas, la vinculación sigue sin ser fácil durante las dos primeras décadas del siglo XIX. De hecho, no hay presencia misional en ninguna de las dos grandes exposiciones coloniales celebradas en Marsella: ni en la de 1906 (de organización exclusivamente local) ni en la de 1922, que cuenta ya con una destacada intervención estatal.

convencer a las misiones en cuanto que escenario propagandístico. Quizás la proliferación de exposiciones de «pueblos salvajes», las famosas *Völkerschauen*, genera cierta aversión en el mundo misional ante el formato expositivo. De hecho, y a diferencia de lo que sucede en el ámbito británico, la exposición misional tendrá siempre en el contexto germano (y germanoparlante en general) muy escasa relevancia como cauce de propaganda.

El mundo británico es, de nuevo, un caso aparte a todos los comentados. Allí las sociedades misionales protestantes no tienen necesidad alguna de vincularse con las exposiciones coloniales. La razón es de peso: desde fecha temprana han logrado desarrollar y muy pronto consolidar un exitoso modelo de exposiciones misionales autónomas.

Por muy distintas razones, también es muy singular lo acontecido en Italia, y no sólo por la «exhibición» de nativos. Allí, el poder ostentado por la Iglesia católica consigue que se organicen sendas exposiciones misionales autónomas en los certámenes de Génova y Turín. Aunque los réditos propagandísticos obtenidos entonces por las misiones parecen haber sido notables, hemos de reconocer que no se vinculan tanto a la asociación con la empresa colonial italiana como a una muy inteligente utilización de la proyección social (local, regional y nacional) de ambos certámenes. Ni la progresión colonial en África, durante el siglo XX, ni la modificación de la política religiosa y misional de los diferentes gobiernos metropolitanos consiguen transformar de modo sustancial el entramado de relaciones existente entre misión y colonización. De hecho, no se documenta presencia misional alguna en las restantes exposiciones coloniales italianas, tampoco en las del período fascista. Aunque quizás sus palabras deban ser matizadas (y así lo están haciendo los últimos estudios sobre las misiones y el colonialismo italianos), aún continúa siendo válida la observación de Marongiu según la cual

«le colonie italiane non furono mai 'terra di missione' católica. Conseguentemente, le stesse missioni cattoliche [...] non furono mai considerate e trattate come uno strumento di politica indigena nelle colonie africane [...]»⁴⁴.

Tras la revisión planteada, podemos afirmar que la tradicional asociación que se establece entre misión y colonización no se percibe de forma evidente en el universo expositivo decimonónico. Sí es cierto que las misiones cristianas tratan de aprovechar el formato de la exposición colonial para publicitar su obra, pero, salvo excepciones, no acaban de obtener los resultados que hubieran deseado. Ya sea por cuestiones ideológicas, por razones estratégicas o por una combinación de ambas, las administraciones laicas acotan fuertemente la proyección propagandista misional o, en el mejor de los casos, tratan de condu-

⁴⁴ MARONGIU BUONAIUTI, Cesare, *Politica e religioni nel colonialismo italiano (1882-1941)*, Varese, Università di Roma, Giuffrè Editore, 1982, pág. 433.

circa por las vías que consideran les son más rentables. Sólo las misiones protestantes británicas, y quizás algunas alemanas, escapan a esta especie de «jaula de oro» en la que se convierte la exposición colonial.

Curiosamente, el modelo cambia muy pocos años después. Es la Gran Guerra, y sus dramáticas consecuencias, el fenómeno que consolida de forma definitiva la vinculación entre misiones y aparato colonial durante el periodo de entreguerras. Durante el conflicto, las misiones cristianas y los propios misioneros dan buena prueba de su relevancia (incluso militar) para el sostenimiento del imperio, de cualquiera de los imperios de Occidente. Tras la guerra, en una época de fuerte crisis social, política y económica, con múltiples amenazas ciñéndose sobre el horizonte (comunismo, fascismo, inflación, independentismo en las colonias), la mayoría de los Estados europeos parece ver en las Iglesias unos aliados mucho más útiles que en momentos anteriores⁴⁵. En consecuencia, la participación misional (sobre todo la católica) en las principales exposiciones internacionales y universales adquiere mucha mayor relevancia, se imbrica por completo en la estructura expositiva y lo hace con una libertad de actuación prácticamente total. Pero hay más, pues a mediados de la década se produce una interesante modificación en el modelo expositivo católico. Aunque las misiones siguen presentes en casi todas las exposiciones (en sus secciones coloniales) hasta la de Bruselas de 1958, en la de 1935 (celebrada en esa misma ciudad) hace su aparición un tipo de exhibición católica empeñada en la propaganda y la reivindicación «global» del modo de vida católico. Poco después, en la parisina de 1937, se erige el primer pabellón oficial del Vaticano, aunque es cierto que la representación pontificia aparece un tanto mediatizada porque los contenidos habían sido diseñados exclusivamente por la Iglesia francesa y sólo en el último momento acaban siendo «cedidos» al Estado Vaticano. Finalmente, en 1958 se levanta el primer pabellón verdaderamente oficial del Vaticano en una exposición universal, práctica que se ha venido continuando hasta la actualidad. Es evidente, por tanto, que durante la primera mitad del siglo XX la Iglesia católica estrecha sus vínculos con el universo expositivo, tanto colonial como internacional, obteniendo una rentabilidad ciertamente notable. Y aún hay algo más importante que debemos destacar: esa colaboración con las administraciones coloniales no hipoteca su independencia ni los proyectos de futuro de la Iglesia en los nuevos Estados surgidos del proceso descolonizador.

Apuntemos, para concluir, que el mundo católico se suma con bastante retraso al fenómeno de la exposición misional autónoma que los protestantes

⁴⁵ Curiosamente, todo esto se produce de forma paralela a la renovación de la política misional propiciada por el Vaticano tras la guerra, que incide en la conveniencia e incluso en la necesidad de proyectar una imagen no nacionalista del misionero, en destacar su condición de miembro de la Iglesia católica, de una institución no sólo sagrada, sino universal. En todo caso, la cuestión no será tan fácil de resolver, ni por parte de las misiones francesas ni de las de ninguna otra nacionalidad. En último término, la propia actitud práctica del Vaticano habrá de resultar notablemente ambigua con el tema de los nacionalismos y las identidades nacionales.

británicos habían puesto en marcha en la década de 1870; eso sí, cuando lo hace, lo hace a lo grande. Al margen de las recurrentes y entusiastas exposiciones belgas de las décadas de 1920, 1930 y 1940; de las muy llamativas canadienses (*québécoises*, en realidad) de los años 30 y 40; y de la muy notable exposición misional de Barcelona de 1929, el universo misional católico toca literalmente el cielo con la *grande mostra missionaria* vaticana de 1924-25. Luego, a partir de los años 60, el modelo católico de exposición misional (y también el protestante) se reconduce por otros frentes: rompe casi por completo con las interpretaciones «etnologistas» de los misionados, defiende con ímpetu su presunta autonomía respecto de cualesquiera grupos o intereses políticos y, sin olvidar su esencia evangelizadora, trata de potenciar al máximo la proyección pública de su obra educativa y asistencial entre los pueblos más desfavorecidos.

Recibido: 1-07-2010.

Aceptado: 8-11-2010.